

UNA ACCIÓN LIBERADORA: LA MERCED (O FRAGMENTOS DE UN DIARIO)

FRAY PABLO PÉREZ PÉREZ *

«Día tras día, se niega a los niños el derecho a ser niños. Los hechos, que se burlan de ese derecho, imparten sus enseñanzas en la vida cotidiana. El mundo trata a los niños ricos como si fueran dinero, para que se acostumbren a actuar como el dinero actúa. El mundo trata a los niños pobres como si fueran basura, para que se conviertan en basura. Y a los del medio, a los niños que no son ricos ni pobres, los tiene atados a la pata del televisor, para que desde muy temprano acepten, como destino, la vida prisionera. Mucha magia y mucha suerte tienen los niños que consiguen ser niños».

EDUARDO GALEANO

Hassan me ha regalado un hermoso diario, con tapas duras, cantos dorados y un montón de páginas por estrenar. Es su primera encuadernación completa, una «obra

* Religioso mercedario. Director del Programa LA MERCED, Casas de Refugiados e Inmigrantes Menores y Jóvenes no Acompañados.

maestra», hecha con la ayuda y la supervisión de un compañero mercedario. No sé de quién ha sido la idea, pero le ha puesto un título que se ha convertido en una especie de provocación para mí: «*Diario del P. Pablo*». Todas sus páginas están en blanco, pidiendo a gritos ser invadidas por recuerdos, experiencias, miedos...valoraciones de los últimos nueve años de mi vida, compartidos con casi dos centenares de chicos de unos 40 países.

He pensado, y los responsables de la Revista *Migraciones* decidirán si es de recibo la idea o no, que un buen momento para estrenar mi diario podría ser hoy y un buen lugar para compartirlo, esta revista de la Universidad de Comillas. A fin de cuentas, la sección en la que se nos ha invitado a colaborar se llama *experiencias* y eso es precisamente lo único que yo sabría contar: mi experiencia. ¡Qué pinto yo hablando de cifras, estadísticas, leyes, valoraciones sociológicas o cualquier otra disquisición técnica sobre el mundo y la realidad de la inmigración, cuando tantas y tan buenas reflexiones se han publicado en este y en otros foros! Seguramente es un buen momento para llenar unas cuantas páginas con recuerdos y reflexiones que den, al mismo tiempo, una pequeña idea de nuestro programa **LA MERCED, Casas de Refugiados e Inmigrantes Menores y Jóvenes no acompañados** y de la realidad de los menores inmigrantes sin acompañamiento familiar en España.

HAGAMOS UN POCO DE HISTORIA PARA EMPEZAR

La historia de nuestro programa comenzó hace ya más de quince años. A finales de 1987 llegaron cuatro niños iraníes a la primera Casa abierta en España para atender a los refugiados menores de edad. El IMSERSO y Cruz Roja habían lanzado el guante a la Provincia de Castilla de los Mercedarios y ésta, a través de un Capítulo Provincial celebrado en 1985, aceptó el envite. Desde entonces, por es-

ta familia han pasado varias generaciones. Casi se podría escribir la historia convulsa de nuestro tiempo oyendo de primera mano las **historias rotas** que aquí se han escuchado en las lenguas más exóticas de África, de Asia, de la Europa eslava o de la América hispana: el fula, el farsi, el kurdo, el somalí, el crío, el árabe, el suahili, el kirundi, el polaco, el rumano, el ruso, el ucraniano, el amarico... A las que añadir las lenguas modernas de las colonizaciones occidentales: el inglés, el francés, el portugués, sin olvidar, en años pasados, los distintos acentos latinoamericanos.

A la Casa madre de la calle Castelar, que sigue siendo el recurso más amplio y el destinado a la primera acogida de los menores, le han salido cuatro hijos acogedores en forma de cuatro pisos, pensados para facilitar la autonomía de manera más eficaz y para dar cabida a los jóvenes inmigrantes que aún no disponen de papeles ni trabajo. El programa ha hecho en estos últimos años un gran esfuerzo de adaptación, al hilo de las circunstancias y necesidades nuevas, provocadas en gran medida por las cambiantes legislaciones de asilo y extranjería y por la creciente realidad de la inmigración, buscando siempre dar la respuesta más eficaz y completa posible a las demandas de estos menores y jóvenes llegados a España sin acompañamiento familiar. Si han aumentado las plazas disponibles, hasta llegar a 32, también ha crecido el «equipo» responsable del proyecto. En este momento se compone de tres religiosos mercedarios, una coordinadora general, una subdirectora, una coordinadora técnica, un psicólogo, un psicólogo-educador, cinco educadores, dos cuidadores, dos becarios, una cocinera y una limpiadora, a los que hay que añadir la colaboración inestimable de treinta voluntarios y de los antiguos residentes, los mejores mediadores posibles.

UNA CASA ABIERTA AL MUNDO

Hace ya unos seis años, queriendo publicar un cuader-
nillo explicativo sobre nuestro programa de acogida y bus-

cando un título que expresase una parte fundamental de su identidad, se nos ocurrió llamar a la Casa de Castelar «UNA CASA ABIERTA AL MUNDO». La frase hizo fortuna y se convirtió en nuestro eslogan, quizá porque contiene mucha verdad y es algo más que un dicho afortunado. Echando cuentas el diciembre pasado, cuando celebrábamos la fiesta de encuentro entre el fin del Ramadán y la Navidad, resulta que estábamos conviviendo en la Casa de los menores personas de 13 nacionalidades, nueve lenguas, y culturas y credos diversos. ¿Nos entendemos? No siempre: a veces nos rozamos, o desconfiamos, o discutimos, o no acertamos a comprendernos... Pero nunca llega la sangre al río, porque vamos aprendiendo a ayudarnos y a necesitarnos. Aquí se entrecruzan el dolor y la esperanza, chocan y se funden los ritmos, los rezos y las lenguas; las mentes se observan y entablan la batalla del encuentro, la única guerra que merece la pena ser luchada.

Los buenos momentos, como cuando una comida está llena de risas, o cuando conseguimos un «papel», o cuando nos visita alguien que ya dejó la Casa y nos cuenta que va saliendo adelante, o cuando los colegios nos transmiten su valoración positiva de los chavales, o cuando descubres lo que va cambiando su personalidad y cómo van madurando..., todo eso y muchas cosas más —los buenos momentos— superan con creces a otros ratos más negativos en los que su edad, su inadaptación inicial, las leyes restrictivas de extranjería y asilo o el racismo que nos envuelve por acción u omisión, nos juegan malas pasadas y nos hacen vivir algún que otro sobresalto. Lo que sigue son algunos recuerdos correspondientes a esos buenos y malos momentos.

LA CASA DE LAS MIL Y UNA HISTORIAS O «EL DOLOR COMPARTIDO»

Hoy Omar ha hablado conmigo a corazón abierto. Es casi imposible definir a este muchacho sin cargar las tintas, dados los continuos problemas que crea en la convi-

vencia diaria con compañeros y educadores. ¿Hay maldad detrás? Está claro que no. ¿Desequilibrios psíquicos? Probablemente. Pero lo que es seguro es que con una historia como la suya es difícil sobrevivir, mantener el equilibrio, confiar en las personas, madurar, en definitiva.

Primero está la necesidad, la falta de futuro. Después los cantos de sirena, los engaños de las mafias, el País de Jauja que te espera. Hay que organizar el viaje, convencer a la familia para que te permita emanciparte con apenas quince años. No hay dinero. ¿Cómo atravesar media África y cruzar el Estrecho, «ese abrazo de la muerte»? El padre, urgido por un adolescente duro y persistente, hipoteca su casa humilde y vende las pocas pertenencias que pueda tener. El hermano gemelo, entonces, se empeña en seguir los pasos del que tiene más iniciativa y la desgracia se ceba ya en esa familia para los restos. Llegan a Marruecos, donde una funcionaria, tras sacarles el poco dinero que les resta, les dice que estén al día siguiente en el aeropuerto para tomar un avión. Ella estará esperándoles con los billetes y un pase que les permita viajar a España. Como es de suponer, llegado el momento, la bendita funcionaria no aparece, así que hay que conseguir más dinero y optar por las mortales pateras. Con todo el miedo metido en el cuerpo y en el alma, deciden no retroceder y embarcan, al amparo de la noche y con los dedos cruzados. En mala hora: esa noche los locos espíritus del mar deciden salir de jarana, convirtiendo el viaje en un auténtico infierno. Olas de metros hacen de la patera una cáscara de nuez llena de hormiguitas aterrorizadas. Y lo que tantas veces ha sucedido se repite una vez más: la patera se parte en dos, justo por el centro, justo donde viaja el hermano de Omar. El mar tiene buen apetito, pero no es insaciable, así que únicamente devora al gemelo y a varios viajeros más, respetando la vida de otros cuantos, entre ellos la de nuestro amigo, quizá para que pague su atrevimiento con la culpabilidad y la amargura que ya nunca desaparecerán.

De cualquier manera, él ya está en la tierra de promisión. Es menor y tendrá la oportunidad de entrar en un sis-

tema de protección. Entonces, **¿por qué su dolor no cesa y su personalidad se vuelve más y más atormentada?** Seguramente porque antes que menor es considerado inmigrante. Porque es parte de unas estadísticas, un número perdido en las políticas de inmigración —¿quizá el 1.230.050 de los inmigrantes y el 628 de los inmigrantes menores, por ejemplo?—, para el que existen varias leyes «disuasorias» (de extranjería, de asilo...) y «uniformantes» (educación, protección del menor...) que no dejan ni un pequeño resquicio a la individualidad, lo único que permitiría contemplar de verdad «el bien superior del menor». Tendrán que pasar nueve meses antes de que se **empiecen** a tramitar sus papeles, transcurridos los cuales se pondrá en movimiento una pesada maquinaria administrativa que necesitará, con suerte, otros nueve para llegar al buen puerto del permiso de trabajo. Entre tanto, como no ha podido enviar ningún dinero a su padre, éste pierde la casa hipotecada y se queda en la calle con lo que resta de familia. Omar podría estar trabajando desde los 16 años, edad laboral, y enviando algún dinero que mitigase la suerte de los suyos y su culpabilidad, pero la administración que protege nuestros intereses tiene las cosas claras y dice *«¡no vaya a ser que esta historia termine bien y vengan más!»* Así que, claro, la historia, al menos de momento, no termina bien: Omar ha de pasar por tres centros educativos que no responden ni a sus expectativas ni a sus necesidades (prepararse laboralmente para trabajar cuanto antes) y aún no ha podido acceder a los estudios de Garantía Social, porque ha cumplido los 16 años cinco días más tarde de lo previsto por los planes formativos. Piensa en los suyos permanentemente, en el drama que ha provocado en su familia, en que está dispuesto a partirse el espinazo para que la situación mejore y, sinceramente, no entiende este «sistema de protección» que le impide redimirse. Ya no duerme por las noches y no es capaz de confiar ni en su sombra. Así que un día estalla y tienen que venir a recoger los pedacitos los señores forzudos de urgencias psiquiátricas; le ingresan, le atan a una cama, le ponen una inyección para

que se tranquilice y, al menos durante unos días, duerme y descansa de la agonía. Con los recursos alternativos que el Instituto Madrileño del menor y la Familia ha puesto en marcha en los últimos años parece que la situación va encauzándose, pero el tiempo perdido por no «individualizar» su caso no se recuperará y las heridas tardarán más, mucho más, en cicatrizar.

El dolor compartido

¡Cuántas historias compartidas en estos nueve años...! ¡Cuánto dolor y desesperación he visto asomar en la mirada de estos chicos! Y también, qué decisión, qué madurez, qué valentía... Y, por qué no, cuántas contradicciones, fruto de la adolescencia, de la impaciencia, de las llamadas tramposas de esta sociedad del bienestar... A fin de cuentas, «la edad del pavo» es universal. Por eso, me impresiona y me indigna la superficialidad con la que algunas personas hablan del mundo de la inmigración y, en concreto, de los menores no acompañados. Una mala experiencia vivida, adobada con tres malas noticias leídas en la prensa, da para toda una tesis negativa hecha de generalizaciones y estereotipos. Y lo peor es que de estas respuestas simplificadoras no siempre se libran algunas personas e instituciones encargadas de proteger y crear futuro a los menores inmigrantes o refugiados sin acompañamiento familiar.

Estas historias de pasado, que vienen de lejos, se encuentran en nuestras casas y en nuestra ciudad con otras historias de aquí y, juntas, van creando nuevas historias de presente y futuro que nunca son fáciles. El autor indio Abdullah Hussein en su novela «*Un viaje interminable*» cuenta la historia de Amir, inmigrante paquistaní en Inglaterra. En una sencilla frase de las primeras páginas, recordando una experiencia de su niñez, resume acertadamente lo que es el detonante que origina muchos de los movimientos migratorios de nuestros días y, seguramente, de todos los tiempos: «*A la edad de nueve años había cru-*

zado mis primeras aguas negras y atisbado el fin de la vida». A continuación, habla de la travesía de otras aguas que le lanzan a una nueva y desconocida realidad «donde —dice— no respiré el aliento de los vivos durante años sino sólo el de los medio muertos, los que no se ven ni se oyen». En el Programa LA MERCED, al igual que en la mayoría de las residencias, pisos y casas de acogida para menores sin acompañamiento familiar, intentamos mirar, escuchar, ver, oír y responder, **para que cuanto antes puedan recuperar el aliento de la vida y de la libertad.**

Estas son algunas historias escogidas al azar, historias verdaderas, aunque con nombres inventados:

- *Soy Dicort y he nacido y vivido en Liberia hasta los 13 años. Hay un día terrible en mi vida que nunca podré olvidar. Yo regresaba de la escuela y vi mi poblado cubierto de humo. Me dijeron que había atacado lo guerrilla. Corrí cuanto pude hasta llegar a mi casa. Encontré en la entrada a mi padre con una guadaña en la mano. Estaba muerto. Dentro, también muertos, estaban mi madre con mis tres hermanos pequeños. Muchas noches sueño con lo que vi aquel día en el que mi vida se rompió.*
- *Soy Mohamed. Mi padre es muy violento y nos pegaba constantemente. Ni mi madre se libraba de las palizas. Tenía 10 años cuando decidí escaparme de casa. Me metí en el hueco del ventilador del autobús, en la parte de atrás. Mi miedo se convirtió en terror cuando, al llegar a la frontera española, los perros de los policías comenzaron a olfatear cerca de mí. Yo lloraba en silencio para que no me descubriesen. Ahora ya estoy trabajando en España. Tuve que hacer un viaje a Marruecos para, con mis hermanos, «ponerle las pilas» a mi padre. Creo que le ha quedado claro que no puede pegar a su mujer. Así estoy más tranquilo.*
- *Soy Omar, tengo 17 años y estoy tutelado en España. Me ha llamado un vecino para decirme que a mi madre le quedan tres meses de vida. Me asusta perderla, pero más me duele pensar qué va a ser de mis dos hermanos, de 9 y 12 años. Quiero trabajar cuanto antes para en-*

- viarles dinero, pero sólo llevo siete meses en España y dicen mis tutores que hasta que no pasen nueve meses no se podrá pedir mi permiso de residencia. Dicen que esto es así porque lo que se busca es «el bien superior del menor», o sea, de mí. Yo, de todas maneras, aunque sea por mi bien, no me quedo nada tranquilo, porque mi madre puede morirse de un momento a otro y no sé qué será de mis hermanos. Cada mes procuro enviar una foto a mi madre para que vea como voy creciendo.*
- *Mi mano derecha está llena de sangre y tengo los nudillos rotos. Me llamo Lazare y llevo siete meses en España. Parecía que me estaba tranquilizando, pero no, han vuelto las pesadillas. Acabo de soñar en el día que detuvieron a mi madre en una manifestación. Mi madre es -¿o era?- profesora y no está de acuerdo con los abusos de nuestro gobierno. La detuvieron hace un año y desde entonces no sé nada de ella. Acabo de verla de nuevo en sueños y he intentado impedir que la hiciesen desaparecer. Mis nudillos y la habitación de la pared han pagado las consecuencias. Duelen los nudillos... y el sueño. Y, sobre todo, no saber nada.*

EL MISTERIO Y LAS ESPERANZAS DE UNA NUEVA HISTORIA

Nos han llamado de la Oficina de Asilo y Refugio. Hay un niño en la zona de rechazo del aeropuerto de Barajas que lleva allí dos días. Nos piden que vayamos a recogerlo y que, hasta que se aclare su situación familiar, viva con nosotros. El Instituto Madrileño del Menor está de acuerdo con esta decisión. Nos han dicho que tiene unos catorce años. Cuando llegamos, vemos a un niño menudo y de rasgos indios que difícilmente llegará a los doce. Nos mira aterrorizado. Nosotros nos convertimos en prodigadores de sonrisas y gestos de cercanía, procurando romper la primera barrera sin abrumarle. Todo su equipaje consiste en un pantaloncillo corto y una especie de cazadora de algún material plásti-

co. Cuando llegamos a la Casa de la calle Castelar, pedimos a un chico de lo más mayores que le ayude a ducharse. Después nos vamos con él a una tienda de deportes a comprar un chándal y unas deportivas. Para endulzar un poco la situación, nos tomamos un helado de fresa. Por la noche celebramos el cumpleaños de uno de los jóvenes que reside en los Pisos de Autonomía. Le invitamos a que se venga con nosotros. No sabe una palabra de español, aunque chapurrea cuarenta o cincuenta, no más, en inglés. *Good-no good*, muchos gestos, nuestros y de él, sonrisas, miradas de complicidad... ¡Pero bueno, cómo es posible! Apenas han pasado tres horas y ya nos está tomando el pelo a todo el equipo educativo, poniendo la zancadilla a una voluntaria y jugando al parchís con algunos de los jóvenes del piso.

Todos los responsables más directos de su futuro en España durante los próximos meses miramos asombrados. Se nos cae la baba, la verdad sea dicha. Pero a mi, de repente, me entra pánico. Me abrumba la responsabilidad. Es casi un niño, un niño pequeño. ¡Qué diablos hace a miles de kilómetros de su tierra y de su gente! ¿Se entenderá con los chicos más mayores del centro? ¿Sabremos realmente lo que necesita de nosotros y seremos capaces de dárselo? ¿Nos dejará? ¿Nos dejarán los que lo han puesto en nuestras manos, en un arriesgado acto de confianza?

Esta es una experiencia que se repite regularmente con cada nuevo menor que llega a nuestras Casas, fruto del miedo y de las esperanzas que despierta en nosotros cada nueva historia. No sé qué puede más. El caso es que nos ponemos a trabajar, dando unos pasos más o menos fijos, ya contrastados por la experiencia de quince años, y que nos van sirviendo para dar respuestas eficaces, integradoras y generadoras de autonomía.

HEMOS LLEGADO A BUEN PUERTO... O CASI

Hoy es Martes Santo y no ha parado de llover. No hay colegio y los chicos están bastante aburridos porque llevan

ya cuatro días de vacaciones y la actividad programada para hoy —íbamos a ir al Parque de Atracciones— ha habido que suprimirla por culpa de la lluvia. Así que hay una cierta tensión. Más que cierta, palpable, tangible, tanto que casi se puede cortar. Y salta el enfrentamiento entre dos, hasta este momento, amigos. Mañana lo volverán a ser probablemente. Otro se pone nervioso preguntando por sus «papeles», impaciente y cabreado por todas las entrevistas que ha tenido que hacer, según él, para nada. La mitad del equipo educativo está de vacaciones y los que quedamos, religioso, educadores y coordinadora, no damos abasto y empezamos a contagiarnos peligrosamente de la tensión ambiental. Pero nosotros somos, supuestamente, **los adultos** y tenemos la obligación de saber que «*siempre que llueve, escampa*». Por si lo habíamos olvidado, vienen en nuestra ayuda los antiguos residentes y los que están a punto de llegar a buen puerto.

Suena el teléfono: es Isaac que nos llama desde Oslo para contarnos que va a tener un hijo y que acaba de comprar un piso. Nos da su nueva dirección y nos pide que le sigamos enviando la felicitación navideña y noticias de la Casa. No ha pasado una hora y llega Zoubeirou para ver si tiene correo pendiente. Está que se sale porque le han subido el sueldo. Le pregunto por su nueva casa y me invita a pasar a verla en cuanto tenga un rato libre. No hay semana que no llame al centro, a alguno de sus antiguos profesores, al abogado que llevó sus papeles, a la antigua cocinera, a quien sea, para interesarse por su vida y su salud. ¡Lo que nos edifica este hombre! Domingo, que se gana la vida dándole al balón, me confirma que se casará con Chelo, una abogada, antigua voluntaria del Programa, el cinco de julio y que cuentan conmigo para que celebre la ceremonia. Me halaga la invitación y me emociono, así que, para disimular, voy y se lo cuento a todo hijo de vecino con quien me encuentro.

A las nueve de la noche sigue lloviendo, pero estos chicos que han vivido con nosotros muchos meses, e incluso años, se empeñan en que veamos el sol, aunque ya haya os-

curecido. Llega Bachir, orgulloso, radiante, seguido de todos los educadores en activo y nos propone que nos vayamos al bar de la esquina porque nos quiere invitar. Es su manera de darnos las gracias y de despedirse, ya que mañana dejará el Piso de Jóvenes en el que ha vivido catorce meses, uno de los recursos puesto en marcha por nuestro Programa en los dos últimos años para dar acogida a los jóvenes que han cumplido la mayoría de edad sin haber conseguido regularizar su situación en España, a pesar de haber estado tutelados. Estos chicos tienen que dejar sus residencias, sin que tengan medios de ganarse la vida honradamente y sin haber logrado una autonomía real. Bachir, tras su paso por estos pisos, ya ha obtenido sus permisos de residencia y trabajo, su primer contrato laboral, su habitación alquilada y su segundo sueldo cobrado, que quiere compartir con nosotros. Hablamos, reímos, recordamos los buenos momentos, pasamos de puntillas sobre los conflictos vividos en este tiempo, reconociendo que nos han ayudado a crecer a todos nosotros, y nos despedimos con un fuerte abrazo y las palabras sinceras de las historias que terminan bien (la gran mayoría): *-Bachir, ya lo sabes: Aquí tienes tu casa. Estamos orgullosos de ti. Cualquier problema que tengas, cuenta con nosotros. Manténnos informados. No te olvides de renovar tus papeles a tiempo. Ven a vernos de vez en cuando... Hasta pronto.*

Otras historias, sin embargo, están aún a medias, a pesar de los muchos meses transcurridos desde la llegada a España. Omar, con el que nos encontramos de camino a la Casa, es un ejemplo de esta situación. Es un «sietemesino». Así llamamos, para abreviar y echarle un poco de humor negro al drama, a los menores que han llegado a España con los 17 años cumplidos y con muy poco margen de tiempo para «regularizar» su situación en nuestro país antes de cumplir la mayoría de edad. De hecho, si faltan menos de los nueve meses requeridos por el reglamento de la Ley de Extranjería para la dichosa mayoría, ni se iniciarán los trámites. Así que... ya suena la música. Escuchen el compás: —«¡Tachín, tachín! Hoy es fiesta. ¡Es tu cumple,

amigo! Ya eres mayor de edad. La puerta está abierta para que vueles libre. —Pero, ¿cómo volaré libre —dice nuestro amigo— si no me habéis proporcionado unas alas ni me habéis enseñado a usarlas? Sin dinero, sin casa, sin trabajo ni permiso para conseguirlo, ¿de qué viviré? —Bueno, contesta el Estado soberano, digamos que es tu problema. Ahora eres un simple inmigrante. Ya no disfrutas de los beneficios de tu minoría de edad. Etcétera, etcétera, etcétera. Tampoco vamos a cargar las tintas con una de las tantas y tantas medidas adoptadas pensando, sin duda, en todo menos en «el bien superior del menor», frase socorrida e incumplida donde las haya.

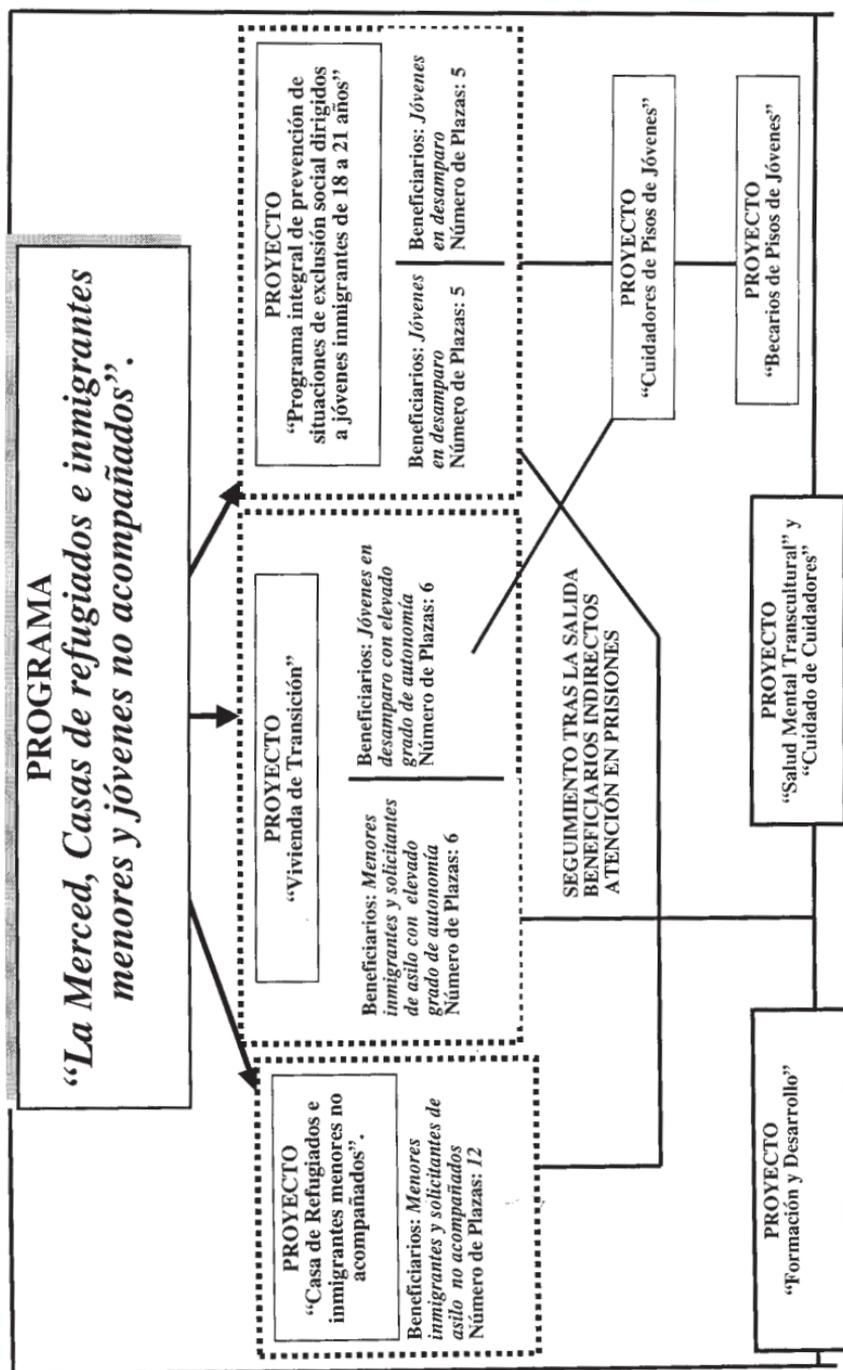
Estos Pisos de Jóvenes, financiados por el Ayuntamiento de Madrid, el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación «la Caixa y la Obra Social de Caja Madrid, intentan dar una salida a algunos de estos casos, con una respuesta excelente por parte de los jóvenes acogidos y, a estas alturas, con un alto grado de incertidumbre sobre la solución final que Interior quiera dar a los «sietemesinos». Tan larga es la espera y tan incierto el futuro que hemos tenido que plantearnos soluciones alternativas para que estos jóvenes no se terminen convirtiendo en seres depresivos, dispuestos a tirar la toalla. Porque cuando un joven tira la toalla, la suele tirar contra si mismo o contra los demás; casi nunca se limita a dejarla caer al suelo.

Por eso nos hemos alegrado al reencontrarnos con Omar. El es uno de los primeros beneficiarios del doble **proyecto «Becarios y Cuidadores»**. **Cuidadores** son los jóvenes que, habiendo cumplido la mayoría de edad y disponiendo de permiso de trabajo, son contratados por nuestro programa a media jornada por un doble interés: el suyo, ya que quieren seguir preparándose, al tiempo que trabajan y mantienen la vigencia de sus papeles, y el nuestro, porque nos ofrecen confianza y seguridad, haciendo las veces de cuidadores en los pisos durante la noche. Son, al mismo tiempo, beneficiarios y parte del equipo educativo, una duplicidad complicada de manejar, pero que nos está dando unos resultados óptimos. **Becarios** son los que, lle-

vando bastante tiempo con nosotros y habiendo demostrado una madurez especial, hacen las veces de mediadores y cuidadores de noche en nuestros pisos o en residencias de la Comunidad de Madrid, sin recibir contrapartidas económicas, salvo casa, comida, ropa, transporte y un dinero de bolsillo semanal. Puede darse el caso de que ya estén trabajando, con lo que ahorran durante un año prácticamente todo su sueldo, o de que no hayan conseguido su regularización (caso de los «sietemesinos»), lo que contribuye a darles cierta tranquilidad y a frenar las impacencias.

Omar ha pasado recientemente a una de esas residencias como becario. Venía a preguntar por sus papeles, a contarnos que le iba bien y a decirnos que el tener una responsabilidad le ayudaba a sentirse mejor y no un parásito. *-¡A ver qué hago yo, parado horas y horas en un piso o dando vueltas por la calle, con los estudios de jardinería terminados, con las prácticas de empresa hechas y dándole vueltas al coco por culpa de esos malditos papeles que no llegan! De todas maneras, gracias por vuestro esfuerzo.*

No es por insistir, pero de camino a la Casa sigue lloviendo... Y lo bueno es que ni nos enteramos.



RESUMEN DEL PROGRAMA «LA MERCED, CASAS DE REFUGIADOS E INMIGRANTES MENORES Y JÓVENES NO ACOMPAÑADOS»

• Esquema de los proyectos actuales del programa LA MERCED

– A MODO DE IDENTIDAD

El Programa **LA MERCED, Casas de Refugiados e Inmigrantes Menores y Jóvenes no acompañados** es una de las **acciones redentoras** que los religiosos mercedarios tienen como principal misión de sus vidas, inspirados en el **carisma** puesto en marcha por San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, quien supo ver a Cristo en los oprimidos y cautivos de su tiempo. Desde entonces los mercedarios deseamos ser **un humilde signo eficaz de libertad**.

Estamos en un mundo donde cada grupo se cierra, donde las casas se aíslan, donde se expulsa a los otros. Frente a esta tendencia a cerrar y excluir es necesario un movimiento inverso de acogida: abrir nuestras CASAS a aquellos que no tienen morada, ofreciéndoles **un espacio de liberación personal y de esperanza** en el que sea posible madurar, sentirse valorado y aprender a recorrer el propio camino con autonomía. Como decía nuestro Capítulo General del año 1992, «*no existe evangelio sin libertad y alegría, sin la autonomía del hombre que se sabe dueño de sí mismo*».

Las Casas quieren ser **un hogar humano y redentor**, en el que dar respuesta, desde el mayor respeto a las distintas religiosidades y culturas que en ellas convivan, a todas las marginaciones y rechazos esclavizadores que sufren los refugiados e inmigrantes en sus países de origen y en el nuestro. La respuesta que demos habrá de ir más allá de una buena acogida, una esmerada formación y la consecución de unos documentos; la liberación plena que queremos, buscará ofrecer unos ideales, unos valores y unas esperanzas que ayuden a llevar **una vida llena de sentido**.

• **Objetivos del programa**

Nuestro programa quiere dar una respuesta integral a una población concreta con un perfil muy definido: acogemos a menores y jóvenes refugiados o inmigrantes que llegan a España de manera irregular y sin la protección de un adulto responsable de su tutela.

Su número va en aumento en los últimos años. A las carencias familiares y afectivas se unen problemas de idioma, integración social, incertidumbre ante el futuro, procesos largos e inciertos de regularización y la inestabilidad personal propia de la adolescencia y primera juventud.

Objetivos esperados:

OBJETIVO GENERAL: Dar una respuesta lo más especializada y completa posible a las necesidades de estos menores y jóvenes, con el objetivo general de promover su desarrollo personal y futura autonomía, creando las condiciones básicas (idioma, formación y regularización) que permitan su integración en la sociedad española, evitando así su caída en la marginalidad y en la desesperanza de un futuro cerrado.

OBJETIVO ESPECÍFICO 1: Los menores y jóvenes acogidos tendrán cubiertas sus necesidades básicas y dispondrán de un seguimiento y una atención personal suficiente que favorezcan su permanencia en el centro, su desarrollo y su autonomía futura. Los beneficiarios indirectos recibirán las ayudas puntuales que necesiten.

OBJETIVO ESPECÍFICO 2: Los menores y jóvenes acogidos habrán obtenido su regularización, dispondrán de las habilidades socio-laborales necesarias y tendrán concretado su futuro laboral o los recursos suficientes que les permitan continuar con su formación profesional o académica. (Se considerará conseguido el objetivo incluso en el caso de que la regularización no esté finalizada, pero se prevea o esté seguro un resultado final positivo, ya que la prolongación de los plazos de resolución ini-

cialmente previstos es ajena a nuestro trabajo y achacable a los constantes retrasos administrativos. **Ponemos el acento, por lo tanto, no en los plazos, sino en el resultado final y en la buena marcha del proceso).**

OBJETIVO ESPECÍFICO 3 (El criterio de salida del centro no dependerá de la edad, sino de la obtención de la documentación laboral y de la consecución de un primer trabajo que permita una autonomía real): **Los jóvenes residentes conseguirán progresivamente su autonomía económica y personal, viviendo la salida del centro de manera no traumática y disponiendo de un seguimiento suficiente. Para ello, el proyecto contará con una Vivienda de Transición de 6 plazas (2 ó 3 meses de estancia), con recursos económicos suficientes para posibles imprevistos y con los recursos profesionales que permitan un seguimiento personal, laboral y de renovación de documentos.**

• Nuestros acentos

1. **La infancia es infancia;** no es de aquí o de allá. Los menores son primeramente menores y como tales han de recibir protección. Después vendrán otras consideraciones, como su condición de inmigrantes, que nos pedirán un tipo de respuesta específica. Nunca las otras consideraciones podrán condicionarlos de tal modo que hagan fracasar la protección.
2. **El menor o joven, inmigrante o refugiado, no es un potencial delincuente:**
 - En cierta manera es víctima, aunque no le victimizamos.
 - En cierta manera es héroe, aunque no le endiosamos.

Sobre todo y en primer lugar **es una persona en crecimiento, necesitada de respuestas** afectivas, educativas, sanitarias, legales... **y de propuestas** de futuro y de autonomía.

3. Cuando las respuestas se escatiman o niegan y las propuestas se cierran, la situación se deteriora y el

menor puede pasar a marginado y de marginado a delincuente. ¿Podemos llamar a lo nuestro **redención preventiva**?

4. «*Fui extranjero y me acogisteis*», dice el evangelio. Ya que acogemos, acogamos bien, con los brazos abiertos, con una confianza sin medida. **No permitamos que nuestra primera mirada de encuentro esté llena de prejuicios ni estereotipos.**
5. Nuestro primer criterio educativo, antes de planificar un proyecto personal de futuro, podría ser este: **no querer saber más de lo que se nos quiera decir y, simultáneamente, generar confianza para saber a tiempo lo necesario.**
6. El momento de **la salida del recurso no depende de la edad, sino de los «papeles»**, el trabajo y la capacidad de autonomía personal y económica.
7. La salida del centro nunca supone un desentendimiento del futuro del joven porque pensamos que la autonomía es progresiva.
8. Los jóvenes que dejaron el centro han de ser los principales motivadores de los menores que llegan nuevos.
9. Creemos que la multiculturalidad que nos ha tocado en suerte vivir —*varios credos, nacionalidades, lenguas, culturas*— además de una posible fuente de conflictos, puede ser vista y vivida, si la transformamos en **encuentro y tolerancia**, como un gran valor que nos enriquece a todos.